

# CALANDRAJAS

## Papeles de Arte, Pensamiento y demás cosas

NUM. 11

TOLEDO

SEPTIEMBRE, 1986

Edita: Tertulia Calandrajás - Apartado 247

*Más real que el Toledo real que tenía por fin ante mí me pareció el que había inventado durante el viaje. Pero no; no era yo quien se había equivocado de rumbo, sino ella: la población que, entregándose repentinamente a mi fiebre de cazador, perdía de un solo golpe su encanto fugaz de presa. Por eso no tenía ya que apuntar el ojo para dar en el blanco a cada momento, pues aquella página silenciosa —que los puentes distribuían en compactos párrafos interiores— era ya la crónica de Toledo, era ya Toledo.*

*Arriba, tallado sobre el zafiro de un cielo duro, estaba al Alcázar con sus cuatro pesadas torres y, en la memoria de los lectores del Duque de Rivas, el noble discurso de Benavente ante Carlos V. Abajo latía la ciudad. En ella, donde numerosas culturas se han sobrepuesto, la flecha lírica de la Catedral, al amparo de cuyas naves las aleluyas del órgano alegran el tímpano de los santos, inmovilizados en los retablos.*

*Como Brujas, como Venecia, Toledo es una ciudad y es, igualmente, una "estación de psicoterapia". Su más recóndito sortilegio implica una gran lección. ¡Tantos siglos y tantos credos se han sucedido y entreverado sobre las rocas que la sostienen! Sinagogas y templos góticos, vías morunas y callejuelas. Los escudos de algunas familias de hidalgos devotos y belicosos pactan sin saberlo, en el viejo muro, con los arabescos y las espiras de los artífices orientales. Entre una puerta del siglo XV y una cuchillería, cierto rincón africano perdura, de cuya sólida sombra nace una "malagueña", con la insolencia de una palmera sobre un erial. Y, para subrayar esta condición —pacificadora, humana y cosmopolita—, toledano como el que más, toledano entre toledanos, se levanta el prestigio de un extranjero, surge Doménico Theotocópuli.*

(Jaime Torres Bodet, *Tiempo de arena*, en *Obras escogidas*, México, 1961, p. 383)

Nadie sabe lo que hemos hecho, pero hemos conseguido librarnos de su presencia. La presencia de ese insensato. Entre los dos hemos conseguido despistarlo, y ahora debe andar buscándonos. Pero déjalo. Tendrá tiempo de sobra para creer que nos ha encontrado.

Durante mucho tiempo hemos tenido que soporarlo. Seguro que a estas horas ya anda pensando en nosotros, en ti y en mí. Parece que lo estoy viendo: primero intentará dar voces para llamarnos por nuestros nombres. El muy cretino no es capaz de adivinar que sus gritos son perfectamente inaudibles. Luego hará preguntas tan ingenuas y elementales que, aun en el supuesto de que obtuviese respuesta, cosa de la que me atrevo a dudar, sus conocimientos no le harían avanzar lo más mínimo hacia nosotros. Nunca has sabido extraer conclusiones prácticas de lo poco que sabe. Es un completo inútil. Llegado ese momento es muy probable que comience a cantar cualquier cosa. Aunque lo más seguro es que entone la canción que tú le enseñaste. Tú y tus ridículas canciones. Hacíais un buen dúo. Si nos olvidamos del hecho de que a él no se le oía, os acoplábais perfectamente. Pronto te sustituirá por otra voz, de eso estoy seguro. En su simplicidad no hay suficientes escrúpulos. Posee un alma primitiva. Llegará a confundir sus recuerdos en un desorden digno de su mente. Esto es lo que me ha ayudado a no vacilar. Además nosotros no somos sus padres. Ni siquiera somos sus hermanos. Nada nos ataba a su lado de un modo definitivo.

La noche que lo abandonaste, poco antes de marcharnos, quería contarme otra de sus historias. No hay nada más ridículo que sus historias. Contadas por él parecen cuentos de fantasmas. Y siempre terminaba llorando, ¡qué emoción! Si lo hubieras visto aferrarse a lo primero que encontraba y dirigirle tiernas palabras de afecto. A mí, incluso llegó a mordisquearme la oreja. Figúrate, ¡a mí! Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no echarme a reír. En cierta ocasión se me escapó una carcajada, y me miró como si hubiera visto al diablo. Ahora podré reírme tanto como quiera de él, ya que no me alcanzan sus miradas.

Ahora soy completamente libre para pensar de él lo que quiera. Tú sí que me comprendes. Con él estabas como ciega. Su proximidad te impedía mantener el equilibrio. Un equilibrio que a todos beneficia. Ahora estás más llena de ti, más completa. En su compañía te faltaba algo. Le mirabas como a un hijo, y, sin em-



GRABADO DE REMEY JIMENEZ

bargo, le odiabas profundamente. De no ser así no habrías sido capaz de abandonarlo. Ahora estoy orgulloso de ti. Has sabido anteponer la idea de justicia a tus propios impulsos. Eso no es fácil, lo sé. Y menos en una persona como tú, tan intensamente emotiva, tan escandalosamente emotiva. Ellos nunca lo sabrán. Creerán que le amabas, que le deseabas, que le habrías dado tu vida. Ellos no sabrán nada de nada. Están ciegos. O no quieren saber. Eso les ocuparía mucho tiempo. Su magnífico tiempo, que necesitan para aburrirse. Ellos viven felices con sus discursos y con sus negocios. Todo se lo gastan en discursos y negocios.

Yo te necesito más que ellos. Ellos sólo querían admirar tu dedicación, tus cuidados maternos. Les gustaba sentarse a contemplar la ternura que derrochabas con él. Esa era su máxima diversión: observar minuciosamente vuestro trato íntimo. Reirse de vuestros juegos y vuestras caricias. Eso me irritaba en extremo. Hubiera dado cualquier cosa por haceros invisibles a los dos. Por eso me atreví a proponértelo. Quizá he sido un loco al hacerlo. Aún no estoy seguro de que tú lo prefieras. Creo que el tiempo te irá cambiando. Dentro de un mes ya no serás la misma.

**José Manuel Ferrández Verdú.**

## EXTROVERSIONES (II)

### RETORNO

Ha transcurrido casi un año ya y continúo en la sombra, escondiendo mi rostro tras esa deteriorada máscara púrpura de carnaval.

Pensabas que me había suicidado, pero no, solamente hice un largo viaje y estoy aquí, presente, con más fuerzas que nunca, para tratar de demostrarte: que no eres dueño exclusivo de los poderes que ostentas, que tus largas túnicas negras quedarán roídas por el paso del tiempo, que mi topacio es mucho más poderoso que todos tus rubíes. Y te reto nuevamente a que trates de aprisionar mi conciencia.

### LA CULMINACION DEL DESEO

Seguía tus pasos con la ingenua intención de darte muerte en el paseo del Tránsito, parecía como si no te dieras cuenta de lo que te esperaba, pero anhelabas el momento, tú misma me dijiste en una ocasión que deseabas morir en mis brazos y aquella tarde de invierno por fin lo conseguiste.

Sí, te acuchillé con pasión y bebí de tu sangre y aún pude advertir cómo la última imagen en tu pupila era la de un hombre con abrigo y sombrero negro.

Al día siguiente acudí a tu funeral, acompañando a toda la comitiva que no hacía más que preguntarse por qué te habrían asesinado. Colmé tu tumba de flores y recordé aquellos momentos felices que pasamos juntos en la casa abandonada de la calle Coliseo número trece.

### EL EQUILIBRISTA

Andaba todo el día en la cuerda tensa, tratando de evitar su inclinación, soportando ser observado por aquellos que esperaban que cayera de un lado o de otro; para él eso no era importante, incluso a veces tenía que complacerlos, balanceándose más o menos; su recorrido no era definitivo y mucho menos el tiempo de estancia, y siempre acababa sus actuaciones por

donde las había comenzado, subiendo o bajando los peldaños de una escalera.

### A GENOVEVO

Dejo una puerta entreabierta:

Para la libertad de las almas humildes.

Para los dignos habitantes de la calle.

Para todos aquellos que sufren sin necesidad.

Para los indefensos.

### EN CALIXTLAHUACA

Sol radiante camino del altar de los cráneos, nuevamente el hallazgo matlatzinca, serpenteando en magueyes, escarbando en arados, continuando en la búsqueda del reflejo iluminado: lo vi en Calixtlahuaca y me deslumbró.

Martes y viernes conjuran espíritus, lectura de cartas deparan futuro, ¿preguntas concretas? . . . libro de los destinos; beber trece hierbas, no toloache.

Limpias de pirul, rezos de credos, concentrar todo el mal en la yema de un huevo, siluetas marcadas en alumbre al fuego, brazos en cruz. . . un hombre nuevo.

### PRIMERO DE NOVIEMBRE

Luna llena sobre el maizal, densa bruma a ras de suelo, panteones ardiendo, rebosantes de humo, maremagnum de velas, festines eternos.

¿No es verdad que la vida se consume deprisa?, ¿no es verdad que se nace dos veces? Celebrémonos.

Hoy he visto jóvenes jugar en las lápidas, quemar hierbas secas para producir sonrisas, hablar otomí como en años se oyera. Salvar una lengua, morder calaveras.

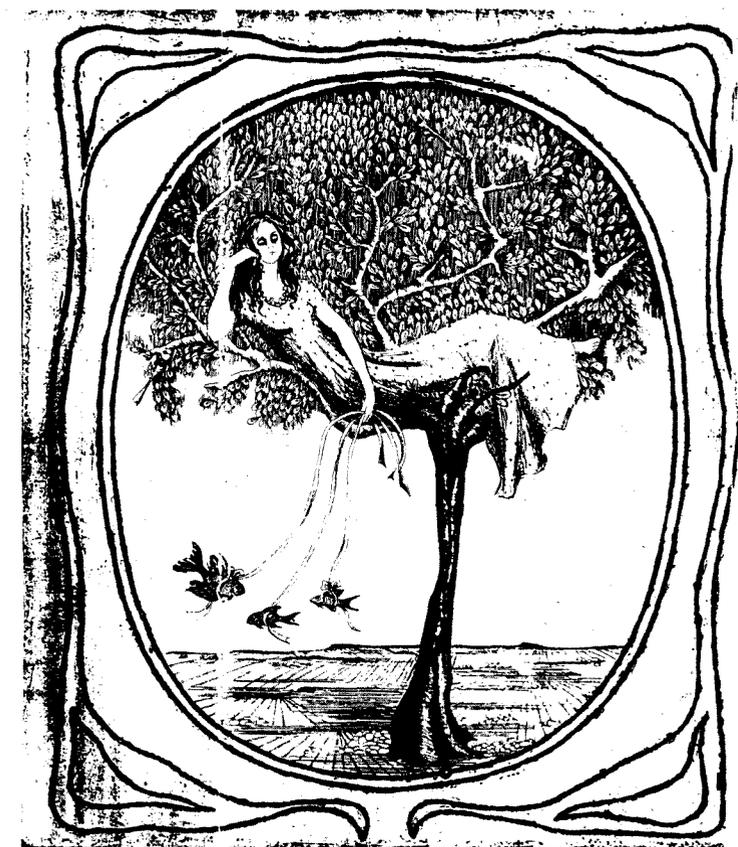
### BOSQUE DE HOJA ANCHA

Meditar el encuentro, presentir la mirada tras el arbusto y ese haz de luz que atraviesa la espesura, donde Nadie te persigue y te observa por si sólo te limitas a apartar las hojas del camino o recoges algún que otro

hongo venenoso.

Atravesar la diagonal específica del espacio determinado por la senda que armoniza tu paseo de atardecer y comprobar que dejas el bosque satisfecho por tu presencia.

**J. Manuel Martín**



*Vicente Villalón*

## LA ENTREVISTA

Podría empezar de muchas formas diferentes pero la sintaxis y la semántica todavía no se inventan, entonces solamente quedan fragmentos innominados de sonidos íntimos navegando a contraviento en las aguas que no debo decir son el Aqueronte ni el Leteo (tachar lo de Aqueronte y lo de Leteo).

Trato de pensar desde algo o alguien, llegar a un punto desde el cual las piedras puedan acomodarse una a una con la exactitud ritual y la belleza oculta de los templos del Islam (tachar Islam) pero el rasgueo de una guitarra en un patio me revuelve las entrañas y creo oír a lo lejos una voz macerada en el silencio y que sabe acertar cuando habla, palabras como flechas. Como flecha certera partiendo en una mitades vagamente clasificadas; y saber que esa voz lejana se parece o es aquella otra jamás oída, la de Macedonio (tachar Macedonio).

Podría no resistirme, simplemente tomar el dictado de la memoria ofrecido a borbotones atropellados y distantes. Podría decir sí, borrar un galimatías que sin parecerse tanto a mí o yo, sea de pronto tan mío como este recuerdo claro y nítido de una barra de azufre en el cajón de un escritorio de caoba, el verde tenue, casi anémico, se convierte en terciopelo turquesa por la vecindad de la madera negra, hasta puedo sentir el olor de los papeles viejos. También sé que este recuerdo no me pertenece, que en mi pasado no existen escritorios de caoba y que las únicas barras de azufre para quitar los dolores de espalda estaban guardadas en el cajón superior del placard del baño, de una madera realzada por la pintura blanca, color afecto a los botiquines, las ambulancias y los hospitales (tachar este último párrafo: es preferible empezar con el periodista recibiendo la orden para hacer la entrevista, luego fragmentos de la entrevista y lo demás).

También hay la fuerza extraña de una voz severa y autoritaria en el despacho de una biblioteca pública; y esa voz es la de un dios negándonos. Se parece a ese otro dolor, el dolor que produce un rostro de mujer que se me antoja escandinava aunque jamás haya visto a una mujer escandinava ni siquiera a ese rostro que debería parecerse más a un daguerrotipo encontrado en los baules de mi abuela suiza. Y sin embargo su presencia es tan fuerte y entrañable como los malvones, como la mano rozando sin querer las paredes descascaradas a la vuelta de una esquina.

Pero nada de esto es mío, me pertenece como me pertenece un lenguaje heredado, las narraciones de batallas insignes, hechos de coraje (un oficial se dirige en caballo blanco hacia la muerte, otro asciende en un burro la ilusión de libertad), hechos que por una incierta ósmosis no son los manuales de historia sino parte de mi sangre (tachar toda esta parte. El periodista debe hacer la nota sobre . . . sobre la identidad nacional para el suplemento cultural del diario. . . La NACION, sí, La Nación es correcto. De mala gana debe entrevistar a toda esa sarta de hombres que ya son un nombre en el diccionario y la puerta cerrada para los jóvenes escritores, la montaña inevitable que deberán escalar o dinamitar para ser ellos mismos un nombre olvidado en el diccionario).

Pero todo esto parece un sueño imposible, una pesadilla. Ya es una pesadilla generacional y cíclica esa de indagar sobre la identidad nacional. Una y otra vez hemos intentado resolverla lanzando el cable del pensamiento para atrás, como cangrejos desesperados buscando la lengua tibia de una almeja silenciosa (léalo de vuelta. . . podría empezar así, lo anterior tirarlo al cesto).

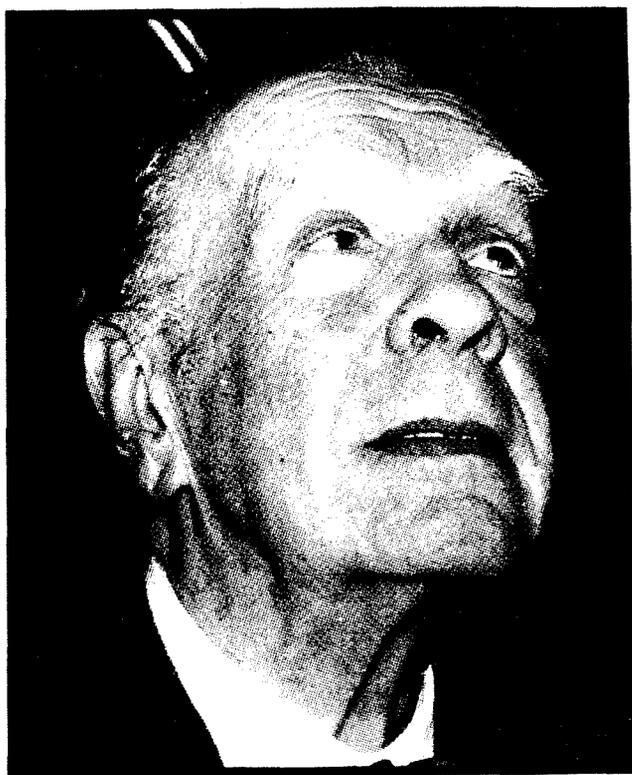
(Se puede obviar la charla con la secretaria, la sala de espera, las primeras partes del diálogo frente al ronroneo insistente del grabador, esas primeras preguntas preguntadas hasta el lugar común. Pero no podemos obviar el tono de las palabras, ese balbuceo imperfecto de la voz llenando el espacio como el tanteo de un bastón entre los túneles).

Poco a poco las palabras fueron dejando de lado la cáscara de los verbos y los nexos, el balbuceo no era timidez, inexactitud, sino un suave murmullo, la plegaria ritual de un famoso rabí en una sinagoga rozando con sus designios la cabeza de un muñeco. El advirtió mi distracción, pero decir él o decir mí no tiene mayor importancia en este momento. El lo sabe y puede que en futuras declaraciones anuncie la necesidad de nuestras necesidades, mencionará una serie de nombres prescindibles, cuidando de no señalarme.

La luz se apagó de pronto o estuvo apagada siempre y sólo el atardecer nos advirtió de la penumbra propiciatoria. La secretaria pretestaste una agenda o también unos medicamentos, pero lo inevitable ya se había instalado entre nosotros, como una corporización de las sombras. El te despedí con mi cordialidad de caballero inglés. Quedamos mirándonos desde nuestras diferentes cegueras. Ofreció el pacto. El pacto o el juego: los dos sabíamos de nuestra afición por las bromas como profesión de fe filosófica (si tal cosa es posible y no resulta también una broma).

(Todo esto no es conveniente, no debería ser así. Tachar lo anterior, ceñirse estrictamente a lo planteado. No capta la esencia de la noche. "Nights have a habitat of mysterious gifts and refusals, of things half given away, half withheld, of joys with a dark hemisphere. Nights act that way, I tell you" oh, mi pequeño ignorante de Stevenson. . .)

El dijo: "What can I hold you with? I offer you my ancestors, my dead men, the ghosts that living men have honoured in marble: my father's killed in the frontier of Buenos Aires, wrapped by his soldiers in the hide of a cow; my mother's grandfather—just twentyfour— heading a charge of three hundred men in Perú, now ghosts on vanished horses. Te puedo ofrecer la amargura de un hombre que ha mirado largo y largo la luna solitaria. I can give you my loneliness, my darkness, the hunger of my heart; I am trying to bribe you with uncertainty, with danger, with defeat. No podrías entender la magnitud del pacto, las terribles reglas del juego. Sólo puede seguir la música de las palabras; y sus sonidos semejan una bondad que esconde los maleficios, esa conjuración inicial que nos acompaña desde siempre. . . —su voz crecía y decrecía, alejándose, rodeándome, como araña tejiendo su tela sobre el insecto caído. Estaba transfigurado, irreconocible—. No repitamos la historia del infortunado doctor Fausto, lo supo Marlowe. Estamos al empezar del tercer milenio y las cosas. . . las cosas son un olvido que perdura, un engaño incesante. Sé que Vd. debe referirse en su nota a alguna trivialidad nacional ¿Por qué querrán que repita tantas palabras innecesarias? Mi popularidad no me pertenece, le pertenece a él. Y él se divierte haciendo declaraciones donde me desacredita. Pero se está poniendo viejo. No es lo que antes era. Es sus ruinas. Ahora puedo moverme con mayor soltura en su osamenta adormecida. Mire, me entregaré a Vd. Este pacto no es nuevo y la operación no presenta mayores riesgos: se repite desde el inicio de la memoria. Se sorprendería al saber todos los hombres que he sido y todos los que Vd. ha sido y podemos ser. Por supuesto, comenzaremos otros juegos. No hablaré de la filosofía inglesa, ni de Leibniz ni de Spinoza, así Vd. podrá referirse a la filosofía oriental y dirá más o menos lo mismo. Tampoco me perderé en historias de male-



vos ni en los diferentes laberintos y espejos asediándonos, así Vd. podrá referirse sin sospecha a esos otros, los del lenguaje. Tampoco hablaremos de tigres ni de la cábala ni de la ardua erudición que me acompaña. Por supuesto, debemos reírnos y burlarnos un poco de mí —o de este otro mí que queda aquí— guardando cierta distancia que la gente podrá confundir con respeto, de la misma manera yo con Lugones. ¿Quién le dice que él, y los otros y los otros otros no hicieron un pacto similar, no venimos haciendo un pacto similar? Espere, observe la simple belleza de este conjuro. Milenios le ha llevado al hombre detenerse en los bordes de su propio círculo y jamás se ha atrevido a violarlos. Imagínese a Vd. siendo ese hombre. No mencionaré los kennin-gär y Vd. podrá hablar de los haikus o del grado cero de la literatura (“a man who talks, not one who sings”) y después de ser considerado escritor podrá publicar todos los versos que desee. Oh, mi querido amigo, no sonrío de esa forma entre despectiva y asustada. Sí, no se asombre, puedo adivinarlo desde la clara certeza de mi tacto. No sabe cuál de todos mis yoes le habla, ni siquiera sabe muy bien por qué permanece aquí y por qué no se fue cuando todavía tenía oportunidad. Sabe, también, que ahora es demasiado tarde. (Vd. no tiene la más mínima noción. Creo que debemos discutir bastante todavía. ¿Por qué no se dedica a la música? Esta parte es árida e innecesaria, hasta demasiada imperfecta para el olvido, acaso allí halle su destino memorable).

Pero todo esto es una pesadilla inconsulta combatiendo a brazo torcido con las primeras luces del alba. Nada sé aún de la identidad nacional, esa patraña que nos inquieta porque nos mintieron que es nueva. Ahora recuerdo a un joven alto con cara de niño entregándome los originales de un cuento. Bello cuento. Ambiguo. Digno de una antología de la literatura fantástica (tachar esta parte). Enciendo el grabador y escu-

cho un silencio de noventa minutos compactos, un fragmento de sombras y de noche, de ojos ingravidos urdiendo una figura inexorable. Sé que me jugó una broma pesada, tentó mi inteligencia y sembró la sombra de la duda. Uncertainty, no sé qué quiso decir, qué quisiste decir, Borges.

(tres párrafos tachados, por fin)

(Podemos obviar a María Kodama entrando en el escritorio, prende la luz, Borges murmura en las sombras mientras acaricia la cabeza de un tigre transparente)

(Otros párrafos tachados. Con letra nerviosa:)

trato de fugarme a yo, aunque decir yo o él o tú es un designio demasiado azaroso como para pensarlo verdadero. Los recuerdos siguen brotando como los coloquios alegres en los bares de Ginebra; o las palabras certeras de Macedonio, el gesto cercano de Delia Ingenieros. . .

La voz admonitoria: no revelaremos este pacto. Y la mejor forma de ocultarlo es que Vd. lo haga cuento, es decir, pretensión de literatura. Vd. olvidará que estuvo conmigo, yo jamás reconoceré su nombre. Seremos nuestras invenciones mutuas a punto de desvanecerse. Seremos dos gotas del océano, todo y nada al mismo tiempo. Sabrá que sé. Sé que sabrá. (or ghosts on vanished horses). Pero estas palabras ya no nos pertenecen.

(Otro párrafo tachado. Anotaciones al margen también tachadas. Unos signos extraños, alfabeto indescifrable).

No sé cuál de los dos escribe estas páginas.

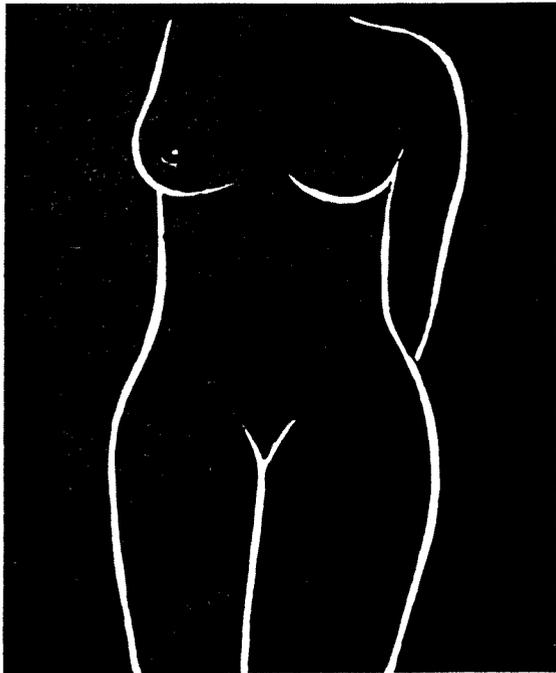
**Javier Petit de Meurville.**

## EROS SENIL

*En los pliegues llevaba,  
en los encajes,  
pájaros bullidores.*

*Como un inmenso pan  
el sonrosado  
cuévano juvenil  
de los pezones,  
ámbar tiernísimo  
parecido a dátiles.  
Y la sonrisa. . .  
— ¡ay madre, la sonrisa!—  
dando esperanzas  
al error del viejo.*

**Antonio Matea**



DIBUJO: JUAN HIDALGO

## PARA QUE CONTAR MENTIRAS

*Yo no hablo de cosas que no entiendo  
ni de muslos vacíos,  
ni de las rotas cuentas de una muerte  
que jamás he besado,*

*ni del sitio  
en que el mundo deletrea  
sus prisiones de esparto,  
ni del hombre  
que sorteó la lluvia azul  
de una colmena.*

*Para qué contar mentiras de espadaña,  
ciervos de agua abierta,  
disecados  
cascabeles de viento en los oasis.*

*Las cosas que yo entiendo  
son milagros corrientes,  
violonchelos  
que derraman su llanto.*

*Pero nadie lo sabe.  
Nunca nadie pisó mis laberintos,  
la armónica sin brisa de mis noches,  
las monótonas cuevas,  
los armarios profundos,  
donde me habitan astros,  
donde mi voz se torna de repente  
una breve gacela  
que atraviesa los bosques del sonido.*

## LA CASA

*Entre sus alacenas  
supo guardar un mundo  
y enrejarlo  
con hermosos adornos.*

*Tú escuchaste  
su sed de mariposas,  
recogiste  
su cántico en tu oído,  
su hechicero  
olor a mediodía.*

*Ardiste en ella  
igual que el abandono  
horadó sus paredes,  
destruyó sus estelas de ternura.*

*Entonces  
era todo su llanto algún quejido,  
una pequeña lágrima  
calando sus cimientos.*

*Nunca supo  
del dolor de su futuro,  
de una oscura mañana  
en que unos brazos de hierro rasgarían  
sus ya cansadas som bras, renaciendo  
un solar sin más de su pasado,  
para que tú, mi madre,  
no volviesses a crecer jamás en ella.*

**María Luisa Mora**

## EL IMAN DE LA TIERRA

Mariano Alvarez estaba allí, con los ojos, el corazón y la mente abiertos en toda su potencia; bebiéndose a chorros el paisaje y respirando, a bocanadas gozosas, todo el aliento del pueblo querido, tantas veces recordado.

Más de treinta años habían pasado, desde que se vió obligado a abandonarlo, buscando, al abrigo de otras tierras, un medio de vida estable y seguro, huyendo de la dureza e incertidumbre del quehacer campesino, de la penuria de los largos inviernos sin trabajo y sin amparo. Y aunque, pese a todo, él amaba su pequeño lugar y las tareas labradoras, su amor no lo había vendido de balde, porque en la gran ciudad consiguió una posición laboral estimable y una situación económica que podía catalogarse de desahogada.

Había recorrido, despaciosamente, las calles y lugares más singulares del pueblo, recreándose en aquellos que le habían sido más entrañables. Algo cambiada encontraba la fisonomía y situación ambiental de aquella población castellana, donde vio la luz primera y pasado los hermosos —aunque duros y difíciles—, primeros treinta años de su vida; algo había cambiado todo, porque el progreso (con su verdad en unas cosas y su nugación en otras) no se detiene y llega a todos los sitios. Y treinta años no pasan desapercibidos, aunque las barreras de una estrecha economía, el natural aislamiento de los pequeños pueblos y la mentalidad de sus habitantes, apegada a antiguas y austeras costumbres, le pongan límites o lo aminoren.

Sí, algo distinto encontraba todo en el pueblo y sus gentes, aunque en éstas seguían arraigadas, visibles, vivas, sus peculiares cualidades.

—La tierra debe tener —pensó ahora, una vez más—, como un invisible imán que atrae al hombre que la trabaja, haciéndole apegado ciegamente a ella y amante hasta insospechados límites de lo que, casi siempre, tanto le duele, condicionándole, al mismo tiempo, un carácter altamente resignado, lleno de inquebrantable tesón. Y hasta generándole unos hábitos y disposiciones inconfundibles, en los que impera siempre la entrega, la nobleza, la sencillez y la honestidad.

—“La tierra es agradecida y siempre paga”— suele decir, invariablemente y con una fe casi increíble, el hombre del campo, aunque una y otra vez un mal vien-

to, u otro cualquier revés, tire por el suelo la torre de sus esfuerzos, haciendo incierta la rotundidad de tal afirmación y creencia.

Mariano llevaba sangre campesina en sus venas y, sin duda ninguna, era su llamada la que le había traído de nuevo al pueblo.

Resuelta ya, económicamente, su vida y careciendo de otras ambiciones que le impidieran realizar el deseo, tantas veces acariciado, de regresar a su lugar de origen, de terminar lo que él llamaba última etapa de sus posibilidades, en el campo, dedicándole sus esfuerzos finales a esa tierra de la que tuvo que desertar un día, aunque muy a pesar suyo. Su intención era hacerse de una casa (que haría lo más confortable posible para él y su esposa) y de un trozo de tierra en el que “rascuñaría” en la medida de sus fuerzas.

\* \* \*

— ¡Vamos! —dijo Ramón.

— ¡Vamos! —respondió Mariano. Y ambos, tomando una de las salidas del pueblo, se dirigieron al campo.

Ramón, amigo desde su juventud y compañero de fatigas, en los ya lejanos tiempos en que anduvo dando jornales, era uno de esos hombres que aguantaron allí, fieles a sus raíces, uno de los que no le habían podido anular la atracción de la tierra, las inmensas razones de los que la dejan. Quería que le asesorara e hiciera de mediador en las compras que pensaba efectuar. Eran de la misma edad, pero el del lugar estaba más envejecido. Tenía en las manos y el rostro —excesivamente curtido y arrugado—, señales de muchos fríos, soles y vientos aguantados. Trabajando excesivamente. Dejándose —como suele decirse—, la piel en sus tareas, viviendo modestamente y haciendo mil economías, había conseguido adelantar lo que él llamaba “un cacho de pan”: unas propiedades de terreno, que eran valiosas más que por su extensión por los esfuerzos y sudores que su dueño se dejaba en ellas.

Mariano le admiraba porque se había mantenido íntegro, leal a su herencia campesina y puro y fuerte ante los inconvenientes y adversidades de su quehacer.

\* \* \*

—El campo está olvidado, desamparado —iba diciendo Ramón—. Así no se va por buen camino, por-



que en el campo está la llave de todo. Es hora ya de hechos y no de palabras, de ponerle remedio a su apurada situación, mejorando las estructuras y haciendo de verdad todo lo necesario para romper de una vez y definitivamente el nudo de abandono que asfixia el medio rural. Como la cosa no se arregle vamos a un final desastroso, porque el campo se queda solo si —como te digo— los que todavía aguantamos en él seguimos viviendo dentro del eterno y amargo círculo del olvido, la incompreensión y la penuria.

Era una tarde caliente de finales de junio, cuando la primavera da sus últimas boqueadas y el ya amarillento color de los cereales —algunos en total granazón y a punto de siega—, hacen bandera con el verde de otros cultivos y de las viñas, en las que las cepas han alargado y vestido sus brazos, de los que penden —ya muy visibles—, las muestras o tiempos racimos.

Habían llegado a las propiedades de Ramón, y tras recorrer por sus cuatro lindes el alto cebadal, de adentrarse un poco en una bien cuidada parcela de remolacha y patalear un rato —ojeándola— una parte que había de viña, “que se veía bien cargada”, según comprobaron, se pararon a la sombra de una pequeña casa que, situada en la finca, hacía las veces de cobijo y de almacén de aperos y semillas.

— ¡No se presenta mal el año! —dijo Ramón, tanto para convencerse a sí mismo de lo que decía como para informar a su amigo. —Si esto sigue bien y al final no se tuerce, creo que en el otoño podré deshacerme de unas trampas que tengo por ahí y sobre todo de la del último plazo del crédito que me dieron para la compra de estos terrenos. Si lo consigo, esto ya será mío del todo. —Y en las palabras finales había un tono distinto, tal vez por salir impregnadas del gozo interior que embargaba al interesado.

Después, cambiando de conversación —sentados en una pedriza, mientras fumaban un cigarro—, recordaron sus años jóvenes y se contaron detalles de las pequeñas historias de sus vidas.

\* \* \*

— ¡No me gusta nada como se pone esto! —dijo Ramón. Y hablaba así porque casi momentáneamente, habían aparecido en el cielo unas trabadas y oscurecidas nubes, que un viento silbante, arremolinado y bochornoso —que también de pronto se había removido—, las acercaba con ligereza. — ¡No nos da tiempo a regresar, tenemos que refugiarnos aquí y esperar a que pase —continuó diciendo mientras abría la puerta de la casa. Y en aquel momento sonó un fuerte trueno, que fue como la señal del inicio de una desencadenada lluvia de gruesas gotas de agua, que inmediatamente pasó a ser de apretadas bolas de granizo, que rebotaban fuertemente en el todavía seco suelo.

— ¡Es piedra! oyó Mariano que decía su amigo que con el semblante lívido y los ojos desencajados, se asomaba como él a la puerta de la casa.

— ¡Sí, está apedreando! respondió. Y como si la violenta tormenta quisiera confirmar ampliamente la afirmación, arreció fuertemente en la lluvia, que ya era de grandes piedras de agua helada, que caían duras, poderosas como mazos y afilados cuchillos, machacando, cortando y tirando por tierra despiadadamente todo lo que no podía oponerle resistencia.

El panorama que se veía desde la casa era desalentador. Mariano observaba a su amigo que se había quedado silencioso, quieto, con la mirada clavada en su ya destrozada plantación. Y de pronto lo vio salir —diría que tambaleante—, y coger un puñado de aquella maldita piedra y apretarla fuertemente en la mano y dar con ésta grandes golpes en el suelo, con rabia, con desesperación, con una inmensa amargura, rayana en llanto, reflejada en su cetrino rostro.

\* \* \*

Apenas pudo dormir. En el transcurso de largas horas de insomnio y en las pesadillas de fugaces sueños,

estuvo pasando por su mente —decenas de veces—, el deprimente aspecto del destrozado campo y la acción desesperada y altamente conmovedora de Ramón, inclinado en el suelo, machacando contra éste y entre sus manos aquel puñado de piedra.

Se había levantado temprano. Estaba en la plaza del pueblo, donde en diversas tertulias y corrillos, se comentaban los lastimosos resultados de la pasada tempestad. El daño había sido grande y calamitoso, aunque —según pudo escuchar—, no todo el término resultó perjudicado, porque las nubes “tienen sus corrientes” y sus dañinas descargas abarcan distintos y variables grados de intensidad.

Estaba preocupado por su amigo y quería verlo. Pensaba darle alientos e incluso ofrecerle ayuda. Sabía que en los emotivos momentos de la tarde anterior, no había acertado a hacerlo debidamente.

\* \* \*

— ¡Eh, Ramón! —Llamó con fuerte voz a su amigo que asomaba por una de las calles que daban al centro del pueblo donde él se encontraba.

— ¡Hola, Mariano!

— ¿Qué tal va eso? —respondió éste, con palabras que querían ser tanto como de saludo de pregunta por su estado de ánimo.

— ¿Dónde vas? —volvió a preguntar, impaciente por iniciar la conversación que le interesaba y mirándole la cara, queriendo descubrir en ella alguna señal que hiciera de respuesta a sus preguntas.

Pero nada pudo adivinar en el imperturbable rostro de su amigo, si bien éste pronto le sacó de dudas cuando con palabras serenas, llenas de fortaleza le dijo:

— ¡Mira, Mariano, estoy destrozado. La nube de ayer me ha dado tan duro golpe que no sé cómo podré reponerme! ¡De esto ya sé yo mucho! Pero no te preocupes, no todo está perdido. La tierra, que no tiene culpa de nada, sigue allí y yo estoy todavía con fuerzas. A trabajar ya lo que pueda en ella me encamino, porque ahora más que nunca los dos nos necesitamos. . .

\* \* \*

— ¡Sí, decididamente, la tierra tiene un poderoso imán! —dijo para sí Mariano, mientras veía cómo su amigo avanzaba resueltamente buscando la salida al campo.

**Vicente Cano**

DIBUJOS: F. PUEBLA



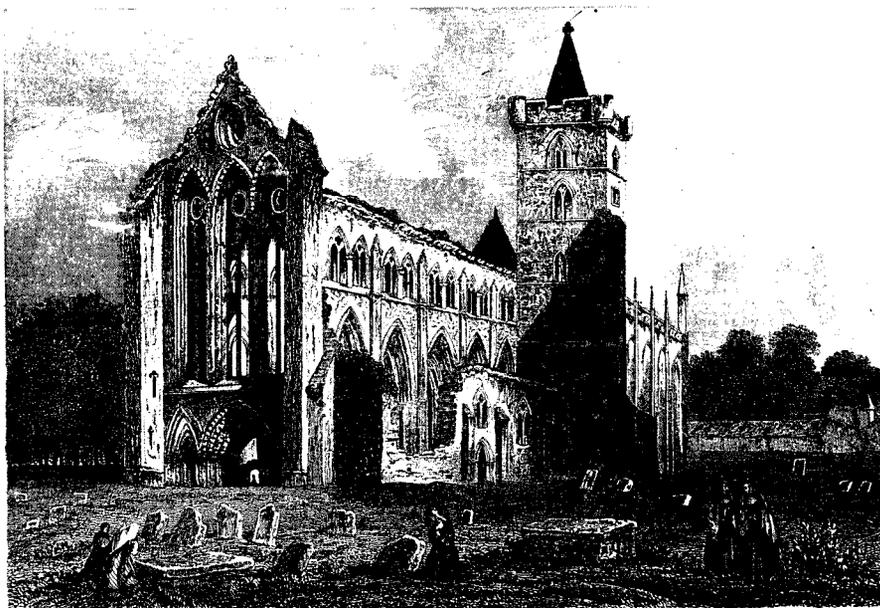
*Calandrijas* TOLEDO

Suplemento al núm. 11  
Septiembre 1986

PAPELES DE ARTE, PENSAMIENTO Y DEMAS COSAS

## TRES POEMAS INGLESSES

por Manuel SANCHEZ CHAMORRO



F. A. Pernot del.

Schroeder sc.

I  
SOBRE UN VERSO DE KEATS

Pasé por esta tierra como un desconocido,  
extraño entre los hombres, y los dioses, y el mundo.  
Ahora, cuando estoy muerto, como siempre lo estuve,  
breves flores silvestres crecerán en mi tumba.  
Buscad en esas flores a aquél que nunca fui.

II  
MARMOL

(Tumba de Lord Byron. Iglesia de  
Hucknall Torkard, cerca de Newstead)

La piedra no es imagen, ni presencia.  
Ni siquiera una sombra inamovible.  
Ni el hueco ni el volumen. Negación  
de todo cuanto arrastra la memoria  
hacia el aire y la luz. Como un vacío  
o un inútil mensaje  
de lo que fue la vida inútilmente:  
viejos signos grabados en el mármol.

III  
OLALLA

(Robert Louis Stevenson)

Largo el amor no fue, pero la dicha,  
el amor y tus ojos siempre fueron.  
Ahora marchar supone una derrota,  
otro volver al mundo y a lo extraño  
y renunciar a ti, como renuncia  
el pájaro a la flor  
cuando el otoño invade nuestros sueños.

Preparado no estoy para tu ausencia.  
Y tengo miedo al miedo, a la distancia,  
al anónimo horror de tu recuerdo.  
La presencia del tiempo entre mis brazos  
y aquella negra sombra  
que juntos ahuyentamos, ¿volverán  
algún día?

Oh mi amor, dame un nombre.  
No permitas el reino del olvido.